

LA NOVELA SEMANAL



La Voluptuosidad del poder
Por Pedro Sonderegger

PRECIO: 10 Centavos

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

1.^a Parte

EL LUNES PRÓXIMO SE PUBLICARÁ

“El Tul Violeta” de la Señora de R. de Orlandiz
(OLGA WITZ)

Conocida periodista en la República O. del Uruguay y autora de la novela “MI HERMANO JORGE”. Esta distinguida escritora ha preparado un trabajo especialmente para nuestra publicación, el cual por su amesidad y belleza ha de complacer a nuestros numerosos lectores.

SUCESIVAMENTE

22. La Degollación de los Inocentes.

de Attilio Chiappori

Autor de “BORDERLAND” y otras obras, justamente elogiadas por la crítica.

23. El Apostol del Ayui

del afamado literato Juan José de Soiza Relly

La Voluptuosidad del poder

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

PÉDRO SONDEREGUER

PARTE PRIMERA

La Cobardía Humana

I

Rosa de Marbi, que acababa de salir del baño, se vestía con alguna precipitación. Eran las cuatro de la tarde y media hora después debía llegar Carlos del Pozo, el ilustre médico, que habíala prometido ir a tomar el té con ella. No obstante su prisa, la hermosa mujer no olvidaba ningún detalle que pudiera aumentar sus encantos. Púsose un traje de casa, color de hoja seca, sencillo y elegante, que dejaba adivinar las líneas puras de su cuerpo delgado. Peinó con coquetería su negra cabellera. Se puso zapatos de tintes bronceados, de tacón bajo, y medias blancas de seda. La sangre de cuatro

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENDEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES

rubies hacía resaltar la suave palidez de sus manos. A la altura del corazón prendióse un clavel que daba la impresión de una herida.

Concluido el tocado, fué al comedor, sentóse con aire displicente en un sofá, abrió un libro que había cogido al pasar por el escritorio de su marido, y esperó. Era Rosa de Marbi, una joven de veinte y ocho años, alta, fina, y de belleza un tanto ajada. Era una de esas mujeres provocativas y lánguidas que ejercen atracción irresistible sobre los hombres sensuales. Pertenecía a esa clase de seres voluptuosos que, predestinados a una vida breve, parece que presintieran su destino y quisieran compensar el poco tiempo con que cuentan con la intensidad y frecuencia de sus goces. Sus ojos llamaban singularmente la atención. Las pupilas brillantes y negrísimas, en medio de la esclerótica azulada, se destacaban sombrías y magnéticas sobre la blancura monótona del rostro. Eran, por así decirlo, ojos espectrales. Sus miradas llameantes hacían pensar que el alma, como una lámpara que se apaga, despedía por las pupilas sus postreros resplandores.

A las cuatro y media llegó Carlos del Pozo, que era puntual, como todos los tenorios viejos. Al oír los pasos del médico, Rosa de Marbi cerró el libro y arregló los pliegues de su falda. Carlos del Pozo entró al comedor, precedido por una pequeña sirvienta. Era un hombre gallardo que vestía con buen gusto que llevaba admirablemente sus cincuenta y cuatro años. Entró con el cuerpo erecto y la cabeza gris erguida sin esfuerzo.

—Buenas tardes, señora.

—Llega usted a la hora exacta — contestó la mujer, haciéndole sitio a su lado.

—Las damas y el destino no deben esperar — murmuró él, ocupando el lugar que con amabilidad se le ofrecía.

—¿Cómo me encuentra usted hoy?

—Hermosa, como siempre. En cuanto a sus nervios, es usted quien debe informarme. ¿Se siente usted menos inquieta?

Al pronunciar estas palabras el médico fijó fuertemente en Rosa de Marbi sus ojos escrutadores. Parecía que ansiaba devorarla. La mujer bajó los párpados con fingida modestia, rehuendo la lucha de miradas. Cuando iba a responder sobre el estado de su salud, un pensamiento diabólico le cruzó por la mente. Preguntó:

—¿Le gusto a usted?

Fué una descarga a boca de jarro y Carlos del Pozo, la resistió sereno en apariencia. Recordó que en su lejana adolescencia, en una

ciudad británica, su profesora de piano, una rubia bellísima, le había planteado la misma cuestión, en una tarde como aquella, cálida y tranquila. Igual que en la ocasión anterior, se limitó a balbucir, no sin cierta humildad:

—Mucho, señora.

La situación se hizo por un instante difícil. El médico guardó un silencio, que le era penoso, y la mujer, en cuya boca se adivinaba una vaga sonrisa, se mantenía a la espera, presintiendo un ataque. El experto galanteador reaccionó prontamente. Tomó una mano de Rosa de Marbi entre las suyas. El contacto de aquella mano tibia y blanda le produjo un efecto indescriptible. Embriagado, inició con fervor religioso y calor juvenil, y en voz dulce y baja, como quieren los cánones del amor, una de esas declaraciones elocuentes y profundas que revelaban su pericia y que después, al recordarlas, exaltaban su vanidad de tenorio. Por una de esas paradojas del sentimiento que están aun aguardando un fino observador, fué sincero en su comedia. Expresó su fingida pasión con palabras ardientes que en aquel momento eran sentidas. La mujer escuchaba, gozosa, subyugada por el fuego que las frases del hombre delataban. Carlos del Pozo, comprendiendo por la actitud pasiva de Rosa de Marbi, que el instante era propicio, la tomó la cabeza y apoyándola en su pecho la dió un soberbio beso en los rosados labios. Fué un beso largo y hondo en que aquellos dos seres temblorosos parecían quererse dar la vida mutuamente.

El ruido de los pasos de la sirvienta, que llevaba el té, volvió a los amantes a la realidad. El cuadro se descompuso. La mujer y el médico adoptaron la grave postura impuesta por las circunstancias y empezaron una charla indiferente. En sus rostros había una leve sonrisa.

—Mi marido debe llegar de un momento a otro, — dijo Rosa de Marbi. — Permanece conmigo hasta la hora de comer. Después se va a la redacción de *La Noticia* y no vuelve hasta la madrugada.

Algo había en su acento y en sus palabras semejante a una invitación. Carlos del Pozo preguntó:

—¿Y qué hace usted en su soledad?

—¿Le interesa, señor curioso?

—Quizás.

—Pues.....

La frase quedó sin terminar. Ernesto Marbi entró acompañado de un amigo. Saludó, presentó a su acompañante, que se llamaba

Horacio Garza y que, como él, era periodista, y se sentó al lado de la mesa. Rosa de Marbi, con un gesto amable y gracioso, indicó una silla a Horacio Garza.

En ciertos hombres el espionaje es una vocación. Ernesto Marbi pertenecía a esa desgraciada especie de hombres. Era una extrayagante mezcla de buenas y malas cualidades, las que aprovechaba con habilidad extraordinaria. De inteligencia vasta y aguda y cruelmente sincero consigo mismo, conocía sus debilidades y su fuerza y se servía de ésta y aquéllas con la oportunidad indispensable para su mejor éxito en el mundo. Su existencia era una no interrumpida serie de maniobras turbias, en las que desplegaba su actividad y su ingenio siempre en servicio de otro, y de las que no podía prescindir porque a ellas le arrastraban su afición y su conveniencia. Sabiéndose incapaz de conquistar ninguna altura, despreciándose profundamente, como todo el que se conoce demasiado bien, poníase siempre al lado de uno de esos espíritus dinámicos que marcan o parece que marcan rumbos a la historia, al que prestaba el eficaz concurso de su talento, de su sólida cultura y de su falta de vergüenza.

Después de los lugares comunes que sirven de prefacio a toda conversación, Carlos del Pozo dijo, dirigiéndose a los recién llegados:

—Ustedes, que, como periodistas, deben estar enterados de las últimas noticias, ¿qué saben del plan ferroviario de Anthony Silverfield? ¿Se llevará a cabo?

—La cosa es dudosa, a pesar de los millones e influencias del banquero, — repuso Ernesto Marbi.

—No es tan dudosa como se asegura — murmuró Horacio Garza. — Yo sé que el ministro de obras públicas, después de una larga conferencia que tuvo ayer con el banquero, se declaró en favor del célebre plan, al que prestará su decidido apoyo. La solicitud de la concesión ha sido ya presentada a la cámara de diputados.

—¿Y en qué consiste ese plan? — preguntó Rosa de Marbi, más deseosa de decir algo que de saber realmente de lo que se trataba.

Su marido le explicó:

—El banquero Anthony Silverfield, que quiere aprovechar el excelente estado económico del país, se ha propuesto construir con capitales nacionales un ferrocarril que parta del Rosario, pase por Buenos Aires y toque en todos los puertos de la república, prolongando

gándose hasta el más distante punto de la costa, en el estrecho de Magallanes. Una vez concluida esa línea se tenderían ramales desde los puertos hacia el interior, especialmente en los territorios del sur. Se cree posible llegar a entusiasmar a las gentes de dinero.

—Conozco bastante bien a Anthony Silverfield — manifestó Carlos del Pozo — y puedo afirmar que si se ha lanzado en este negocio es porque ya tiene estudiados todos los medios para vencer los obstáculos.

—El obstáculo más fuerte — dijo Ernesto Marbi — no será precisamente la probable actitud de apatía de los adinerados timorosos; sino la oposición del jefe de la mayoría parlamentaria.

—¡Como! ¿Sancho de Luis desapruueba el proyecto? — exclamó Carlos del Pozo.

—No hace muchos días — explicó Horacio Garza, que era cronista parlamentario de *La Era* — le oí exponer numerosas razones en contra del famoso plan. Hablaba con la vehemencia que le es característica. Esto me permite suponer que se resistirá a la aprobación de los propósitos del poderoso banquero.

—¿Y no habrá modo de obligarlo a ceder? — preguntó Ernesto Marbi.

—Sancho de Luis es incorruptible — aseveró Horacio Garza.

—¿No podrá el respeto y la admiración de que goza Juvenal Reyser en la cámara contrarrestar la influencia de Sancho de Luis? — volvió a interrogar el redactor de *La Noticia*.

—No me parece — repuso el cronista. — La mayoría es muy disciplinada y venera a su jefe. En el instante de votar, lo hará como un solo hombre. Por otra parte, nadie conoce hasta ahora la opinión de Juvenal Reyser sobre la proyectada vía férrea.

—Eso no es extraño — contestó Carlos del Pozo. — El ilustre orador suele ser impenetrable.

Después de estas palabras, la conversación languideció. Los cuatro interlocutores se dedicaron a tomar lenta y silenciosamente el té, que Rosa de Marbi había servido mientras hablaban. La mujer ponía alternativamente su quemante mirada sobre sus visitantes. Hacía comparaciones. Ella había anhelado conquistar el reputado facultativo, atraída por su ciencia de la que se contaban maravillas. La presencia de Horacio Garza había tenido la virtud de disminuir repentinamente la fuerza de aquel capricho. Horacio Garza no era precisamente un hombre joven; pero poseía una condición rara que no se puede definir y que se hacía sentir sobre las mujeres, a veces de

modo irresistible. En amor su sola presencia operaba milagros. Era un Don Juan sin quererlo, aunque no practicaba el oficio por no ser del temperamento que para ello es necesario. Había en su cara algo como las huellas de una recóndita tristeza o de una pena remota que aumentaba el interés de su grave expresión. Una pasión criminal en su juventud, le había señalado para siempre. Habiendo fracasado en todo lo que emprendiera, llevaba en el alma el sabor amargo que dejan las aspiraciones que han muerto sin ser satisfechas. Debido a una bondad extraordinaria, sus fracasos le habían vuelto pesimista, pero no envidioso ni maldiciente. Formaba parte de la desdeñable legión de los resignados. Incapaz de suicidarse e impotente para alimentar una nueva ambición, se conformaba con vivir de su modesto sueldo y con gozar humildemente de una que otra aventura amorosa que le deparaba el destino.

—Sería conveniente — dijo Ernesto Marbi — que Juvenal Reyser se pusiera en favor del proyecto, pues así tendríamos oportunidad de presenciar un espectáculo interesante. Sancho de Luis en contra de Juvenal Reyser! Sería una lucha digna de un estadio de dioses. Estos dos gigantes, hasta ahora, se han esquivado mutuamente.

Carlos del Pozo, expresó:

—Juvenal Reyser no ha sido, quizás no es todavía, bastante fuerte para provocar un duelo semejante. Es demasiado hábil para entrar en una lidia sin estar seguro de la victoria. Es, por lo demás, uno de los pocos hombres cuya opinión no es posible adivinar. A pesar de su estrecha amistad con Anthony Silverfield, yo no me atrevería a pronosticar que va a defender en la cámara el comentado proyecto.

—¿Qué creen ustedes — preguntó Horacio Garza — que hará el banquero si también Juvenal Reyser se le pone en contra?

—Combatir — repuso Carlos del Pozo, que conocía a Anthony Silverfield íntimamente, — combatir hasta el último momento. Combatir y quizás triunfar. Esa, más que ninguna otra, sería una lucha formidable. El rico banquero es un hombre temible por su elevada inteligencia, su fecundidad en recursos y su completa falta de escrúpulos en la elección de los medios. Es más astuto y enérgico que Juvenal Reyser y más perseverante y audaz que Sancho de Luis. Si yo lo tuviera ante mí como adversario, no estaría tranquilo y seguro del éxito hasta verlo tendido en el suelo con el cráneo roto de un hachazo. Es la única forma de vencerlo.

La mujer, con sus enormes ojos fijos en Horacio Garza, seguía con indiferencia aquella plática. Disimulaba su indiferencia con una sonrisa. En su corazón se había iniciado un pequeño romance y el dios ciego amenazaba levantar un nuevo ídolo en aquel oscuro antro, inescrutable no obstante su aparente transparencia. En el infinito océano que es el espíritu humano, los más expertos buzos — Pascal, La Bruyère, La Rochefoucauld, arquetipos de la fragmentariedad — no han realizado sino descubrimientos insignificantes. El alma femenina es un mar de poco fondo, cuyas arenas en ciertos puntos, al posar el pie sobre ellas, se hunden bajo la presión adquiriendo profundidades inverosímiles.

—De las tres fuerzas de que hablamos — apuntó Ernesto Marbi, — fuerzas en que la naturaleza ha manifestado con ingenuidad su ansia básica de perpetuarse mediante el continuo perfeccionamiento; de esos tres gladiadores que constituyen hoy las figuras centrales de nuestro mundo político, social y financiero, el más vigoroso es, a mi juicio, Juvenal Reyser. He tenido ocasión, por conveniencia mía y tal vez por conveniencia de él, de tratarlo de cerca, de verlo obrar sin velos de esa manera silenciosa y firme que lo caracteriza.

—Si no abrigaras esa creencia, no cultivarías con tanto empeño su amistad — comentó la mujer con inconsciente impertinencia.

—Sus brillantes discursos, con más brillo de pensamiento que de palabras, son las erupciones del tremendo volcán que lleva dentro, el cual no estalla sino después que ha preparado pacientemente la lava con que ha de arrasar ciudades viejas o ha de fertilizar áridas campiñas reacias aún al trabajo fecundo. Comprendo que no cuenta con un poderoso partido, como Sancho de Luis, ni despotiza la vida financiera, como Anthony Silverfield; pero... No aventuraré una profecía, pues soy hombre que aspira a la discreción y no se ha afiliado a ningún grupo militante. En estos tiempos sólo los políticos y los necios se atreven a hacer predicciones.

—Es usted demasiado optimista — afirmó Carlos del Pozo.

—Sin pretender comenzar una discusión — intervino Horacio Garza — diré que la posición de Sancho de Luis en el congreso y en el seno de su partido es por ahora inmovible. Mucho habrá que trabajar para derrocarlo.

—No olviden ustedes — dijo el redactor de *La Noticia* — que cuando Sancho de Luis llegó a la jefatura del partido reformista, era éste una agrupación organizada y potente, con mayoría hecha en las masas y en el parlamento. En cambio el actual partido popular es

la obra personal de Juvenal Reyser. Ustedes saben que después que Julio Emilio de Vegairene fué asesinado, el partido popular, que él fundó, se dispersó totalmente. Opinábamos todos que la labor del glorioso estadista estaba ya perdida, cuando empezó a escucharse el nombre de un abogado hasta entonces modesto que poco a poco se impuso a la consideración pública. Todo lo que de él se sabía era que en su juventud, mientras llevaba a cabo sus estudios profesionales, había mostrado algunas aficiones periodísticas. Surgió como un restaurador del partido popular. Hace apenas seis años de su aparición y nadie ignora lo que ha verificado. Hoy dirige una minoría temida, la que le obedece porque le admira.

—A juzgar por lo que usted asegura — expresó Carlos del Pozo, — en el curso del próximo lustro sucederán cosas extraordinarias, porque Juvenal Reyser, dadas su ambición y energía, no se conformará con su papel presente y Sancho de Luis se estima demasiado para ceder su lugar al primer recién venido. Será un combate emocionante.

Ernesto Marbi observó, y algo había en su acento que indicaba que no decía todo lo que pensaba:

—Para mejor gozar del espectáculo de esta lucha, sería necesario penetrar en todos sus secretos. Es imposible decir cuantas tragedias ignoradas y cuantas felicidades escondidas hay en el fondo de estos acontecimientos públicos. Lo que llega a conocimiento de todos es generalmente lo menos interesante, aunque algunas veces sea lo que más importe al bienestar nacional.

—Basta de política, señores! — exclamó Rosa de Marbi, disminuyendo el efecto de su tono de reproche con una sonrisa graciosa y una alegre mirada.

—Discúlpenos, señora — murmuró Horacio Garza. — Nuestra descortesía tiene una leve atenuante, pues no es culpa nuestra sino de la naturaleza humana. Nada apasiona al hombre como el hombre, verdad a que se deben numerosos errores del sistema republicano.

El dueño de casa, después de echar una mirada sobre el reloj que adornaba la chimenea, dijo, levantándose:

—Me voy. Perdónenme ustedes si les abandono, pero tengo un compromiso con un ministro plenipotenciario que desea ciertos informes.

—Saldré con usted — manifestó Horacio Garza. — Le acompañaré varias cuerdas.

Ernesto Marbi, tras de decir a su esposa que no lo esperase a comer, estrechó la mano de Carlos del Pozo y se dirigió a la puerta. Horacio Garza, después de despedirse, le siguió.

La mujer y el facultativo guardaron silencio durante largo rato. Sus bocas se entreabrieron sonrientes, y sus manos se buscaron, nerviosas. Era como si sus almas rebosantes desearan comunicarse por medio de un contacto lo que no era dable expresar con la palabra. En amor, la palabra resulta con frecuencia insuficiente.

—Supongo — dijo Rosa de Marbi — que no tendrá usted inconveniente en sentarse conmigo a la mesa.

Carlos del Pozo no se sorprendió de aquella invitación, aunque no la esperaba. Comprendía que para la extraña mujer había sonado la hora decisiva y que lo que él anhelaba se produciría en un instante cualquiera. No intentó averiguar la causa de tan repentina resolución, pues sabía por experiencia que nunca conocemos exactamente a que obedecen en una mujer esta clase de decisiones. Contestó con naturalidad:

—Ninguno.

—Reemplazará usted a mi marido — añadió ella, sin malicia.

—¿En todo?....

La audacia, el irrespeto y el cinismo de la pregunta hicieron enrojecer a Rosa de Marbi. Tuvo un minuto de indignación. A punto estuvo de rechazar a aquel hombre lleno de canas y pretensiones; pero algo más fuerte que ella misma, algo que estaba por debajo o por encima de su voluntad, porque es la expresión de la profunda voluntad del universo, que no quiere perecer, contuvo el ímpetu de su dignidad ofendida. Sonrió y apretó la mano del médico que tenía entre las suyas. Acababa de firmar un pacto que puede disolverse, pero que no se olvida nunca, porque imprime una marca indeleble que afecta a todo el organismo. Una mujer es un reflejo y como la resultante de los distintos hombres a que pertenece, pues cada uno de ellos deja en su alma una parte esencial de sí mismo que no desaparece sino con la muerte. Cuando no pertenece más que a uno, entonces se convierte en su espejo y a veces en su caricatura. Si las aludidas impresiones son muchas y se suceden casi sin solución de continuidad, se obtienen esos productos que se caracterizan por su ausencia de características interesantes y que llamamos amablemente cortesanas.

II

Anthony Silverfield y Juvenal Reyser conversaban animadamente en la sala de la hermosa residencia que el segundo poseía en el barrio de Belgrano.

—La parte financiera del proyecto — decía el banquero — no me preocupa. Está asegurada. Además de la mayoría de las gentes que operan con mi casa, se han entusiasmado con la idea los principales bancos del país. Yo pondré en la operación los siete octavos de mi fortuna.

—Yo entraré en la combinación — expresó Juvenal Reyser. — con unos doscientos cincuenta mil pesos.

Anthony Silverfield miró asombrado al célebre político: ¿de dónde iba a sacar éste semejante suma? Pero su asombro desapareció pronto, vencido por el recuerdo de la actuación de aquel hombre que más de una vez había merecido que se la considerase extraordinaria. Se limitó a decir:

—Obra usted lógicamente, puesto que es el verdadero autor de la combinación. Volvamos al principio. La parte financiera no me inquieta. Lo que realmente me preocupa es la actitud del congreso. Me han afirmado que Sancho de Luis se opondrá a que se sancione el pedido que he hecho de una concesión.

—¿Ha hablado usted con el ministro? — preguntó Juvenal Reyser, que se quedó pensativo.

—Sí, y se ha comprometido conmigo a presentar a la comisión de obras públicas un informe favorable.

—Su petición se encuentra aún en la secretaría de la cámara, ¿no es así? Haremos que se demore allí unos días mientras llega a la capital uno de mis amigos, que es miembro de la comisión y que se halla actualmente en Mendoza, donde fué a dirigir algunos trabajos políticos. Este amigo, que ejerce gran influencia sobre sus colegas, conseguirá que la comisión no despache el asunto hasta que nosotros hayamos encontrado el medio de conquistar la voluntad del jefe reformista.

—¿Y cuál será su actitud? — interrogó Anthony Silverfield.

—Yo daré a comprender que también me opongo al proyecto. Esto puede influir en el ánimo de Sancho de Luis.

Los dos hombres guardaron silencio. Anthony Silverfield, después de un rato de meditación, dijo:

—Es necesario hacer un esfuerzo, cualquier esfuerzo, para vencer la resistencia de este hombre. Sobre todo, es indispensable vencerla antes de que haga públicas sus opiniones al respecto. En este caso estaríamos perdidos.

—Siempre nos quedaría el recurso de conquistar uno por uno a los diputados de la mayoría — advirtió Juvenal Reyser.

—Ese sería un trabajo lento, difícil y costoso. Por lo demás, es muy posible que Sancho de Luis concluyera por predominar en las esferas oficiales. No en vano es él actualmente el principal sostén del gobierno.

El político preguntó entonces:

—¿No conoce usted alguna mujer que pueda influir en el espíritu de este hombre? Acaso la esposa...

Anthony Silverfield sufrió un ligero sacudimiento. Un recuerdo gratisimo cruzó por su memoria. Declaró:

—Hace unos quince años estuve yo enamorado de la que ahora es esposa del jefe reformista. Ella sentía por mí una inclinación bastante marcada y hasta se llegó a creer que se casaría conmigo. Yo, que había enviudado desde mucho tiempo, me entusiasmé con la idea de aquella unión. Pero el destino había dispuesto otra cosa. A causa de mis negocios, tuve que realizar un viaje a Australia y cuando regresé encontré que la joven se había casado y había ido a establecerse a Tucumán, donde su marido se dedicaba a hacer azúcar y a hacer política. Desde entonces no la he visto sino muy pocas veces.

—La renovación del amor suele ser fácil. ¿Por qué no efectúa una tentativa?

—¿Para qué?

—Para tratar de dominar en el ánimo del marido por medio de la mujer.

El banquero quedó meditabundo unos instantes. Luego murmuró:

—El procedimiento me parece impropio de mi edad y de mi historia. No he permitido jamás que en mis negocios intervengan faldas.

—¿Por escrúpulos? — preguntó, irónico, Juvenal Reyser.

—No, por orgullo.

—Por vanidad querrá usted decir.

—Rechazo esa interpretación — prorrumpió Anthony Silverfield, animándose. — Usted sabe que mi vida no ha sido más que un

medio para llegar a mis fines. He tolerado la vida porque ella era una condición indispensable para alcanzar lo que yo quería. No he vivido por vivir, sino por triunfar y sentirme de cuando en cuando dueño de las circunstancias. Yo no he sido ni soy más que la encarnación de mis anhelos y para conseguir su realización lo he despreciado y sacrificado todo y todo lo desprecio y sacrifico. Sé que los escrúpulos, el honor, la honradez, no son sino obstáculos creados por la universal cobardía. Pienso, y creo habérselo dicho en otra ocasión, que el honor es el círculo de hierro que se traza alrededor de los espíritus débiles para mantenerlos en la situación que a los demás conviene. Yo no soy débil de espíritu, y, si alguna vez me sorprendiese en flagrante delito de debilidad, eliminaría mi vida por ser ésta un medio inútil para la consecución de mis propósitos. Pero mi orgullo de varón y mi profundo desdén por las mujeres, a las que siempre he considerado como instrumentos de placer o como preciosos almohadones donde posar la cabeza fatigada cuando llega el fracaso o la vejez con sus desalientos y con su resignación, hacen que no haya aceptado jamás la intervención femenina en mis asuntos.

Juvenal Reyser repuso, sonriendo y con su habitual expresión de cinismo más acentuada que nunca:

—La cobardía humana, procediendo con sabiduría inconsciente, inventó los escrúpulos y los imperativos. Los hombres, a fin de gozar de una relativa tranquilidad, no vacilamos en crear dogmas y leyes que aten a los demás, aunque para ello tengamos que atarnos a nosotros mismos. Aún en los que parecen más libres y audaces, se suele manifestar ese mezquino sentimiento. Para mostrarse busca mil formas diversas. El simple y vulgar temor a la opinión ajena, hace que no admitamos la ayuda posiblemente eficaz de una mujer. Tememos al probable desdén de la mujer y al mal concepto de los que se enteren y este sentimiento poco loable es disfrazado por nuestro amor propio con el rumboso apelativo de orgullo.

—No es ese temor lo que me contiene — exclamó el banquero, un tanto amoscado. — Lo que me impide aceptar la colaboración que usted sugiere es la estimación que siento por mí mismo. ¿Cómo quiere usted que busque sin repugnancia el apoyo de un sér a quien desprecio? ¿No ve usted que eso disminuye mi valer ante mi propio concepto?

—Un escrúpulo es en cierto modo un homenaje — volvió a decir el político, con frialdad que contrastaba con la sonrisa que contraía ligeramente su boca. — Es un homenaje que rendimos a

los demás. ¿Lo merecen acaso? No. El hombre es un animal despreciable y cuanto más grande sea nuestro desprecio con tanto mayor tranquilidad aprovecharemos sus servicios. Los seres que viven a nuestro alrededor tienden instintivamente a obstaculizar nuestra marcha. Son muy pocos los que se prestan a servirnos de instrumentos. ¿Hemos de rechazar éstos pocos? ¿Hemos de preocuparnos de saber si mientras nos sirven piensan mal de nosotros? ¿Ha visto usted a algún carpintero que rechace su martillo o su escuadra?

— Con ese criterio no hay amistad, ni felicidad, ni nada.

— Este no es un criterio, sino un sentimiento. La amistad entre dos personas de posiciones desiguales no es más que un aspecto del interés: la una busca un protector y la otra un instrumento. La amistad entre iguales no es sino una complicidad. Cuando no presenta ninguna de estas dos formas, la amistad es sólo la unión de dos tontos. En cuanto a la felicidad, es el fin que persigue la mayoría, que oculta su carencia de propósitos con esa palabra vana. La felicidad es un ideal individual y doméstico, y no puede ser abrigado por los hombres de mérito que cabalgan en hombros del destino y anhelan la consecución de fines que afectan a la colectividad, lo que significa que prestan su colaboración a la historia.

Se produjo un breve silencio. Juvenal Reyser se puso de pie y empezó a pasearse lentamente de un extremo a otro de la pieza. Al cabo de un instante, dijo:

— Volvamos a lo primero. Quedábamos en que para hacer triunfar nuestro proyecto es necesario obtener que Sancho de Luis se declare en favor de él. Para conseguir esto es indispensable apelar a todos los procedimientos y uno de los procedimientos que presentan mayores probabilidades de éxito es poner a nuestro servicio a la esposa del jefe reformista, cosa que usted puede lograr. El procedimiento no exige más sacrificio que el de unos cuantos escrúpulos dignos de un estudiante de veinte años, si es que en esta época los estudiantes tienen escrúpulo alguno. Por lo demás, la tarea es agradable, pues siempre lo es cortejar a una mujer hermosa. Para usted, además de agradable, es fácil, ya que se trata de una reconquista.

— ¿Cree usted que a mi edad una reconquista de esas no ofrece dificultades?

— Usted, como Carlos del Pozo, tiene el secreto de la eterna juventud. Por otra parte, nada se pierde con efectuar una tentativa. Lo único que sería de lamentar es que se enamorara verdade-

ramente, porque en vez de aprovechar a Diana de Luis, usted sería aprovechado por ella.

—Repugna a mi seriedad andar buscando, como un muchacho, oportunidades para verla.

—Ya he pensado en ello. Induciremos a Augusto Campo Verbel que, en su calidad de ministro plenipotenciario, dé un gran baile. A una fiesta de este carácter Diana de Luis no puede faltar. Para obtener esto del distinguido diplomático hay dos caminos: pedirselo directamente o servirnos de la estrecha amistad de Amalia de Vegairene con Elisa de Campo Verbel. Mientras usted lleva a cabo este grato esfuerzo, yo haré publicar uno o dos artículos en *La Noticia*, favorables al proyecto.

—¿Tiene usted buenos amigos en ese diario?

—Conozco a su director y a algunos redactores. Su director es un joven sin inteligencia y sin carácter, a quien basta halagarle un poco el amor propio para conseguir de él lo que se quiera. Naturalmente, dadas su femenina volubilidad y su impresionabilidad fácil, nunca se está seguro sobre su criterio ni sobre las opiniones de su diario. Pasa de una opinión a la contraria con asombrosa facilidad. Sigue siempre las inspiraciones del último que le habla.

—¿Y esa marioneta pretende encauzar el juicio público? — dijo Anthony Silverfield un tanto sorprendido. — ¿No le guiará el interés en sus veleidades?

—El infeliz ni siquiera es capaz de venderse. Es esta una de las más elocuentes manifestaciones de esa universal cobardía de que antes hablábamos. Para venderse hay que tener valor o una gran necesidad. En el segundo caso, se es, un desgraciado y en el primero, se es, en el fondo un comprador. El que se vende sin necesidad material realiza una operación en la que va ganando algo que satisface sus aspiraciones presentes y lo prepara para el logro de sus propósitos futuros.

El banquero se levantó.

—¿Quedamos en eso? — preguntó el político.

—Sí — pronunció Anthony Silverfield, estrechando la mano de su amigo.

Como se ha visto, las cínicas razones expuestas por Juvenal Reyser para persuadir al célebre millonario no eran del todo convincentes; sin embargo, había conseguido su objeto. Es que la fuerza más grande de aquel hombre, no era el talento, aunque este estimábase excepcional, sino esa condición mal estudiada todavía que, a falta

de mejor expresión, hemos dado en llamar magnetismo personal. Juvenal Reyser tenía un poder de sugestión verdaderamente asombroso. Una palabra suya equivalía por sus efectos a todo un volumen de argumentos. Imposible saber si aquella fuerza provenía de su profunda fe en sus elevados destinos, de la honda conciencia de sus ingentes méritos o de la violenta, avasalladora ambición que daba fundamento a su existencia. Lo cierto, lo incontestable, era que en determinados momentos resultaba completamente irresistible. Se contaban a este respecto innumerables anécdotas.

Al quedarse sólo, Juvenal Reyser se dirigió a su escritorio. Empezaba a entrar la noche y hacía frío. Dió vuelta a la llave de la luz y encendió un calorífero eléctrico. Se sentó a su mesa de trabajo y se hundió en una profunda meditación. Abrigaba la convicción de que había llegado uno de los momentos decisivos de su vida pública. No tenía entonces más que un rival temible ante la opinión del país, y era indispensable eliminarlo. El no se conformaba con ser el jefe de un partido en minoría, lo que hacía aparecer como segundo en importancia frente a Sancho de Luis. Necesitaba ser el primero, necesitaba ser el único. Sabía que una vez eliminado el prohombre reformista, la mayor parte de los partidarios de éste se adheriría a su causa y a su persona. Casi todos los políticos de resonancia entonces eran hombres de poco o ningún arraigo en el alma popular y de una inmoralidad que justificaría los peores procedimientos que él pusiera en juego para atraerlos y dominarlos. El presidente de la república, impuesto por su predecesor, no pertenecía en realidad a ningún partido, lo que venía a significar que no pondría obstáculos a la satisfacción de su ansia immoderada de poder. Esta ansia, eje de su existencia, exigía ser satisfecha y lo exigía imperiosamente, como si ello implicara para él la afirmación rotunda de su personalidad. Guiado por el instinto de predominio que anima a todos los seres, en él la fórmula "el arte por el arte" habíase transformado en otra más positiva, aunque más perjudicial para el resto de los hombres: "el poder por el poder". A su juicio, los dos polos de la vida eran el poder y el amor y hacia ellos convergían todos los esfuerzos de los hombres. Desde la adolescencia había resuelto alcanzar el primero y no considerar el amor sino como un elemento útil para la obtención de la victoria. Juvenal Reyser no era lo que se llama un hombre simpático, y él estaba contento de esta circunstancia. Jamás había pretendido adquirir adeptos por la simpatía. No tenía

esa debilidad, porque aspiraba al dominio completo de los que le rodeaban y sabía que la jefatura no es para los agradables, sino para los temidos, los necesarios o los admirados. Los jefes son los que despiertan pasiones y saben halagarlas. Tampoco era bueno, en la acepción cristiana del vocablo. Opinaba que la bondad, como todas las cosas humanas, es circunstancial y relativa, y, en muchos casos, producto de esa cobardía universal que tanto desdén le merecía.

El ambicioso político fué interrumpido en sus meditaciones por un criado, que entró para anunciar una visita.

—Don Ernesto Marbi.

—Que pase.

Juvenal Reyser recibió al periodista amablemente.

—¿Qué le trae a usted por aquí?

—Poca cosa. Deseaba conocer su opinión sobre el proyecto de Anthony Silverfield.

—Aún no lo he estudiado suficientemente. Ignoro algunos detalles — dijo Juvenal Reyser, añadiendo en seguida para cambiar de tema: — ¿Asistió usted al almuerzo popular que dieron mis amigos el domingo?

—Ciertamente. La concurrencia fué grande y los discursos, buenos. Pero el recuerdo más grato que me dejó la fiesta es el de cierta curiosa conversación que mantuve con uno de los comensales.

Y Ernesto Marbi contó el suceso. Frente a él, sentóse un individuo que por la manera de expresarse parecía hijo de italiano. Este sujeto, que había ya tomado unas cuantas copas del pésimo vino que con etiquetas rumbosas hallábase a disposición de los concurrentes, inició una disertación sobre idiomas.

—En inglés no hay más que un pronombre mientras que en castellano hay varios — manifestó aquel extraño comensal, después de hablar sobre las ventajas y desventajas de diversas lenguas modernas.

El periodista, por decir algo, murmuró:

—Paréceme que en inglés también hay varios pronombres.

—Si usted afirma eso — exclamó el individuo en tono de suficiencia — es porque no sabe inglés o no sabe lo que es pronombre.

Asombrado por tanta audacia, Ernesto Marbi, repuso:

—Quizás tenga usted razón. Le informaré, sin embargo, que he vivido cuatro años en los Estados Unidos.

—Vea, señor. En inglés no hay más que un pronombre de presente de indicativo: *you* que significa *usted*. En cambio, en castellano tenemos dos: *tú* y *usted*. También *vos* puede considerarse pronombre, aunque sólo por extensión, pues *tú* y *vos* son exactamente lo mismo. Nosotros empleamos el *vos* donde los españoles, emplean el *tú*.

Ernesto Marbi, que conoció entonces que clase bípedo era su interlocutor, dijo, irónico:

—En castellano existen, si no me engaño, pronombres personales, posesivos, demostrativos, etcétera. Si yo digo, por ejemplo: "Usted es un ignorante" uso un pronombre personal: *usted*. Si añado: "Su torpeza no tiene límites" uso un pronombre posesivo: *su*.

El interesante miembro del partido popular se sintió derrotado y quiso demostrar sus conocimientos empezando una conversación en inglés:

—Do you speak English?

—Yes. As I told you before. I have being in North América.

—How long?

—Several years. I got my diploma of bachelor of arts in Notre Dame University, near South Bend, Indiana.

El raro comensal, vencido en toda la línea, exclamó:

—¿Quiere que hablemos en dialecto genovés?

Era lo único que aquel sujeto sabía bien.

Juvenal Reyser rió la anécdota cordialmente y tendió la mano a su visitante. Cuando Ernesto Marbi se disponía a partir, le detuvo para decirle:

—No escriba usted en su diario ni una sílaba sobre el proyecto. Es mejor no ocuparse del asunto todavía.

El periodista salió.

III

Los salones del magnífico palacio donde residía Augusto Campo Verbel, artística y lujosamente decorados, e iluminados con profusión, rebosaban de gentes. Toda la *creme* social de Buenos Aires estaba allí representada. Nadie faltaba a las fiestas que daba el dis-

tinguido diplomático que eran célebres por su grandiosidad y su buen gusto. Oriundo de un país del trópico, a lo que se atribuía su imaginación extraordinaria, y varias veces millonario, Augusto Campo Verbel rivalizaba en esplendidez con los más ricos magnates de la capital argentina.

Entre la nutrida concurrencia femenina destacábanse Diana de Luis y Marta Rigau, dos mujeres de tipo muy distinto, pero que impresionaban con igual profundidad por su belleza. De estatura más bien pequeña, Diana de Luis tenía un cuerpo que provocaba admiración por su graciosa flexibilidad y por la euritmia delicada de sus líneas. El cabello castaño y abundante, peinado con exquisita elegancia, realzaba aquella noche más que nunca la notable hermosura de su rostro. Una flecha de platino con dibujos a buril y un diamante en la punta prendía una *aigrette* a su cabeza. Sus ojos, que no eran grandes, centelleaban y su nerviosa nariz de diáfanas aletas era toda una promesa voluptuosa. Pero en ella lo incomparable, lo excepcional, era la boca. Tenía la boca más bella de Buenos Aires. Fina, diminuta, rosada, provocante, aquella boca, por rara paradoja, no incitaba al beso, sino que causaba la misma emoción que una obra maestra. Para su contemplación la actitud extática era la más adecuada. Añádase a eso una sonrisa expresiva como un poema y unos dientes pequeños con una extraña transparencia que recordaba la de las piedras preciosas, y se tendrá apenas una vaga idea de aquella maravilla.

La rival de Diana de Luis en la fiesta de la legación, era menos bella, pero más agradable para la charla y la amistad. Diana de Luis, a pesar de su boca, inspiraba carnales deseos; pero en presencia de Marta Rigau se sentía una recogida y respetuosa admiración. Era rubia. El color de sus cabellos se parecía al de las hojas en otoño. Este matiz habría sido un tanto desagradable si un brillo metálico no hubiera dado a aquella cabellera un aspecto indefinible y atraente que hacía pensar que tenía vida propia. Sus pupilas eran inmensas y claras, y estaban salpicadas de leves puntos de oro. Delgada y alta y con una grave serenidad en el rostro, era mujer de posturas hieráticas. Vestía de azul turquí y llevaba por todo adorno un valioso prendedor en el pecho. Hija única de un riquísimo hacendado que pasaba la mayor parte del año en sus tierras de la provincia de Córdoba, había ido al baile acompañada por Carmen de Rigau, su madre, una señora hermosa todavía de quien se ase-

guraba que tenía o había tenido relaciones demasiado íntimas con Juvenal Reyser.

En una salita inmediata a los salones donde se bailaba habíase formado un grupo de damas y caballeros llegados a esa edad en que gusta la conversación más que la danza. Hallábanse allí Elisa de Campo Verbel, esposa del dueño de casa; Carmen de Rigau, que era mirada de lejos con especial delectación por algunos jóvenes tímidos; Amalia de Vegairene, viuda que había ido a la fiesta por llevar a una sobrina; Conrado Brassa, explorador y geógrafo, recién llegado de un viaje al polo Sur; Carlos del Pozo, el eminente facultativo, y otros hombres y señoras cuyos nombres no interesan.

—Diana de Luis está preciosa como nunca — dijo Amalia de Vegairene viendo pasar a la mujer encantadora. — Si no estuviera Marta Rigau, afirmaríala, con frase consagrada, que es la reina de la fiesta.

La madre de la última nombrada sonrió ligeramente.

—¿No han observado ustedes que durante casi una hora Anthony Silverfield no se ha apartado del lado de Diana de Luis? — preguntó Conrado Brassa.

—He observado más aún — murmuró una anciana dama que adornaba sus orejas con dos grandes diamantes amarillos. — He visto que al principio ella lo escuchaba con displicencia y luego se mostró francamente contrariada.

—En cambio, le ha sonreído toda la noche a Hugo Silverfield.— apuntó Carmen de Rigau. — Pueden ustedes comprobarlo, pues en este instante están juntos.

En efecto, Diana de Luis se disponía a bailar con el hijo del banquero. El rostro de la deliciosa mujer estaba, para expresarlo de algún modo, iluminado por una divina sonrisa.

No muy lejos del grupo, Augusto Campo Verbel y el jefe del partido reformista sostenían una animada plática. Hablaban del *pambolivarismo*, como complemento de la famosa política del A B C.

—El pambolivarismo, o sea el acuerdo entre los países libertados por Bolívar — explicaba el diplomático, — no es, como se ha pretendido, un núcleo de influencia para limitar la esfera de acción del A B C. Su autor ha querido constituir una fuerza que, unida a la de las naciones del extremo Sur, llegue a ser una verdadera potencia capaz de anular las tentativas absorbentes de los grandes pueblos imperialistas.

—Lo que impide que ese ideal se convierta en realidad — re-

puso Sancho de Luis — es la mala voluntad que en el fondo existe en algunos de los países americanos. Las eternas y minúsculas rencillas que alimentan ciertos literatos apasionados han hecho que nuestro continente merezca el despectivo calificativo de continente-aldea. “Que Bolívar vale más que San Martín, que San Martín fué mejor general que Bolívar”. En verdad, las nuestras son necias rencillas de barrio.

Marta Rigau se acercó al grupo antes mencionado y rogó a su madre que la llevase a casa, pretextando para irse tan temprano que le dolía un poco la cabeza. Madre e hija despidiéronse y partieron.

— ¿No conocen ustedes la última noticia? — exclamó la anciana de los diamantes amarillos. — Aseguran que Juvenal Reyser desea casarse con Marta Rigau.

— ¡Imposible! — prorrumpió Carlos del Pozo. — ¿Acaso no se habla de una excesiva intimidad entre el ambicioso abogado y la hermosa matrona?

— No se asombre usted — dijo Conrado Brassa. — Nuestro amigo Juvenal Reyser necesita dinero para hacer su carrera con completa independencia y ese matrimonio se lo proporcionaría. Por lo demás, es posible que él tenga, entre sus muchas preocupaciones, la de estudiar las variaciones que sufre el amor al manifestarse en diversas generaciones de una misma familia.

Rieron todos el epígrama. Elisa de Campo Verbel murmuró:

— No obtendrá lo que desea sino después de vencer algunas dificultades. Me consta que un periodista... creo que es cronista-parlamentario de *La Era*..... hace la corte a Marta Rigau con probabilidades de éxito.

— Conozco a ese individuo — declaró el ilustre médico. — Me fué presentado hace poco en casa de un amigo.

— Pueden ustedes estar seguros. — afirmó el geógrafo — de que será eliminado. Nada es tan peligroso como atravesarse en el camino de un hombre de la clase de Juvenal Reyser. Los hombres de esta especie son fuerzas inconscientes, como el viento y como el rayo. Su conducta está por encima del bien y del mal y su vida no se rige por otras normas que las que les dictan sus propios anhelos.

Carlos del Pozo se había dedicado a la extraña contemplación de sus zapatos. Aquel cronista comenzaba a preocuparle, pues visitaba a Rosa de Marbi con demasiada asiduidad y podía concluir

por arrebatársela. El viejo facultativo, que en un principio había considerado la aventura como un hecho sin importancia en su existencia de discreto calavera, había llegado a enamorarse locamente de aquella mujer, que era en verdad subyugante. Se había entregado a esa pasión en forma desesperada e irreflexiva y hallábase ya en ese plano inclinado de los amores últimos que empiezan por conceder perdones y terminan por admitir esas bajezas que ponen a un amante al nivel de los irracionales.

— Esos seres — continuó Conrado Brassá — hacen las veces del destino y obran sin misericordia ni remordimientos. Cuando se les juzga sin prejuicios son admirables. A ellos se debe la aparición de lo sublime en la historia, pues rivalizan con la naturaleza en la producción de los grandes acontecimientos. Una vida de esas, vista desde lejos, tiene el terrible encanto de las tempestades y de los ciclones, teniendo también la misma potencia ciega y avasalladora. Vista de cerca, el detalle hace imposible percibir la importancia del conjunto y es a causa de ésto que inspira en ocasiones repulsión y con frecuencia odio.

Carlos del Pozo se levantó y fué al encuentro de Juvenal Reyser, que atravesaba el salón vecino, saludando a todos sus conocidos con una amabilísima sonrisa. El facultativo se colocó al lado del célebre orador. En un extremo del salón se hallaban Diana de Luis y Hugo Silverfield conversando de algo que evidentemente interesaba a ambos. Al pasar junto a ellos, Juvenal Reyser dijo en voz lo bastante alta para que le oyeran:

— No se habla esta noche de otra cosa que del proyecto ferroviario, proyecto que me parece detestable.

— ¿Lo atacará usted? — preguntó Carlos del Pozo.

El jefe del partido popular, ya distante de la esposa de su rival político, contestó en tono displicente:

— No he decidido nada todavía. Debo consultar antes con mis amigos de la cámara. La jefatura de una agrupación implica más responsabilidad que dirección verdadera. Uno tiene que cargar generalmente con las faltas de sus sostenedores.

Diana de Luis, que escuchó la primera frase pronunciada por Juvenal Reyser, no hizo el menor gesto que permitiera adivinar el efecto que le había producido. Continuó departiendo, afable y risueña, con el hijo del banquero. Mientras ella le hacía oír su voz, de cadencias inauditas por lo suaves y sedante como las caricias

de una hermana, mirábala él con ojos admirados. Imaginaba toda la felicidad que podían dar aquella boca, aquel acento, aquellas manos, y concebía planes deliciosamente embriagadores. Su vanidad le empujaba. Si mujer tan bella y codiciada llegara a amarle, sería envidiado por todos los jóvenes de la ciudad.

—Venga usted a verme — decía ella. — Recibo los miércoles.

Pedro Rodríguez

La segunda parte aparecerá mañana.



Casa RUIZ & ROCA

2, FLORIDA, 2 - Bs. Aires



La casa más antigua e importante en sus especialidades de:
PEINADOS, POSTIZOS y PERFUMERÍA
SOLICITEN CATÁLOGOS